

dose un poco de lado, por entre los radios de la flor, la cual, una vez que pasó lo alto del cuerpo, sirvióle de apoyo para enderezarse con los brazos; y, por fin, se encontró sentado encima de la flor, con el pecho contra el eje del gallo, varilla que apenas se elevaba dos pies sobre su cabeza.

Se ató con solidez á este vástago: y con ayuda de la segunda cuerdecita, cuyo cabo tenía, izó hasta sí el gallo, que había dejado en la plataforma al pie de la aguja.

Al llegar á este punto de mi relato, no puedo menos de considerar cuán caprichosa es la muerte en sus ejecuciones. Puesto que ese desventurado había de morir, ¿no era más cómodo hacerle caer sencillamente una teja en la cabeza? Pero no; la dama pálida tiene sus antojos, y al paso que coge á unos para adormecerlos en su regazo con dulzuras maternas, condena á otros á no arrancar de ella su reden-

ción, sino á costa de mil afanes y de mil fatigas. Estaba escrito que este desventurado había de desquitarse en un solo día de todos los sufrimientos de que le preservara hasta entonces lo humilde de su existencia, y que le sería preciso agotar toda su fuerza y todo su valor para elevarse á la cima de aquella especie de mástil de cucaña, donde estaba destinado á ir á descolgar el premio de su propia muerte.

Ignoro si á músico alguno se le ha ocurrido nunca la idea de escribir las notas del coro de aullidos de una muchedumbre humana transportada por el delirio del entusiasmo. Cuando por fin vieron erguirse aquella figura en lo alto del aire, más audaz aún que el atrevido edificio dominado por ella, frenéticas aclamaciones ascendieron con terrible armonía hasta el infeliz que las promovió.

Eso fué su pérdida.

Hasta aquel instante fatal, en ese

BIBLIOTECA
MONTAÑAN, MEXICO

humilde corazón y en esa cabeza estrecha jamás había penetrado la idea de que á los ojos del mundo pudiera ser otra cosa que un ave de paso ó una mata de hierba que se pisotea. Y aun allí, á la sazón, en el transcurso de esta peligrosa empresa, cuyo acto supremo iba á realizar, ni uno de sus nervios de acero se había doblegado, ni una de sus fibras se había estremecido, ni una sola vez había pensado en su peligro ó en su valor. Decíase en sus adentros: «duro es el trabajo». Sus pensamientos no iban más allá.

Pero ante la explosión de todas aquellas almas, sus ojos, que nunca habían visto la irradiación de la gloria, sus oídos, que jamás habían escuchado la formidable voz de ella, abriéronse con deslumbramiento y con embriaguez. Desde la altura donde se veía elevado, abarcaba el cielo, dominaba la tierra, y los millares de hombres que se rebullían y gritaban á sus pies parecíanle

menores que hormigas. ¡El, que hasta entonces no había conocido sino la miseria de la humanidad, comprendía de repente su grandeza, y sentíase revestido de toda su majestad! ¿Qué podía hacer el pobre hombre contra este entusiasmo, cuyos ecos giraban en torbellino en derredor suyo como un vértigo?

Vieron que se bajaba, le vieron sentarse en la flor, ponerse el gallo en las rodillas, quitarle algunos trapos con que lo había envuelto para preservarlo de los choques, y luego, llevándolo en una mano, y agarrándose con la otra al vástago, plantarse de pie. Bajándose entonces un poco, levantó con un hombro los restos del antiguo gallo, que cayeron rebotando con estrépito á lo largo de la flecha, y fueron á detenerse en la crestería de la techumbre de la iglesia. Y entonces, cogiendo el gallo por la cola, lo introdujo en el eje destinado á sostenerlo. Se bajó de nuevo, dióle movimiento giratorio, y un

grito del gentío saludo la primera vuelta que acababa de dar el nuevo gallo del campanario.

Ya no le faltaba al infeliz más que descender. Dejándose escurrir primero por la cruz y en seguida por la pértiga, encontraba en la punta de la aguja los cordeles que le habían servido para izar la percha y el gallo; entonces no tenía que hacer más que dar una vuelta de cuerda á cada pierna, y deslizarse hasta abajo cómodamente apoyado de espalda en la cubierta del chapitel. En tres minutos, á lo sumo, estaba en la plataforma.

Pero ese grito, ese grito de triunfo exhalado por la multitud, le arrancó lo que de razón le quedaba.

Un impulso de orgullo, grosero como él mismo, espantoso como el valor que acababa de mostrar, le inspiró la loca idea de superar todo lo que hasta entonces le habían visto hacer, con un rasgo de audacia aún más increíble.

Montó á horcajadas en el gallo, y dando un vigoroso empuje de riñones, lo puso en movimiento.

Al ver el gentío aquella tremenda locura, detúvose mudo é inmóvil, suspenso el corazón, entreabiertos los labios, mirando girar y girar y más girar el gallo.

Pasó un minuto; pasaron dos... tres... cuatro... cinco minutos.

El gallo giraba.

El hombre, que al principio había hecho saludos con la gorra, estaba á la sazón inclinado adelante, estrechando entre sus brazos el pescuezo del gallo. Trató de pasar atrás una de las piernas por encima de la cola; pero, sea que estuviese falto ya de sangre fría, sea que el obstáculo fuera demasiado alto, no pudo conseguirlo. Alargando las piernas, intentó otra vez alcanzar á la flor de la cruz, pero agitóse vanamente en el vacío: preciso es creer que había tomado un poco de impulso para mon-

tar, porque no tocaba ninguna cosa con los pies. Le vieron engancharlos uno al otro por debajo del vientre del gallo.

Y entonces el hombre se enderezó, abriendo los brazos y extendiéndolos con un ademán supremo de orgullo.

Permaneció así.

Y el gallo giraba siempre.

A medida que se prolongaba aquella escena vertiginosa, producíase poco á poco agitación entre la muchedumbre. Mirábanse unos á otros, se daban con el codo, no se atrevían á hablar. Algunas mujeres comenzaban á hacer la señal de la cruz, otras á desmayarse. Al fin se oyó un grito penetrante: era una moza que se caía de espaldas, presa de un ataque de nervios. Al instante, como si hubiese una comunicación eléctrica, otras varias mujeres cayeron con idéntico accidente; lloraban los niños, y muchas gentes, enloquecidas, extrañadas, echaron á correr gritando, sin

saber lo que hacían ni lo que decían.

Transcurrió lo menos un cuarto de hora largo. A la postre, habíase detenido el gallo; pero se veía con espanto al hombre inmóvil siempre, con las piernas enganchadas entre sí y con los brazos abiertos. Alguien dijo que era menester ir á avisar al señor cura, el cual continuaba en la sacristía esperando el término de la operación.

Ante todo, probó á tranquilizar á los que le hablaban; pero el corazón le palpitaba ya muy fuerte, cuando salió á la plaza para ir á darse cuenta por sus propios ojos de lo que sucedía.

No habiendo sido testigo del comienzo ni de la duración de la escena, no quedó tan impresionado como los espectadores. El hombre estaba tan á plomo, su ademán era tan claro y firme, que por necesidad era preciso ver en aquella prolongada postura un alarde de valor llevado hasta la exagera-

ción. Así habló el párroco; pero al decir esto, sentía llenársele de espanto el corazón, é hizo rogar al médico que le enviase un anteojo de larga vista que el profesor tenía, y que viniese...

Pocos minutos después, colocado en su trípode el anteojo, se asestaba á la punta de la flecha de la torre; y al mirar el médico por el ocular para graduar el instrumento óptico, dió un salto atrás y un fuerte grito.

Al oír el grito, precipitase el sacerdote y mira á su vez.

En el círculo negro del objetivo, destacándose sobre el fondo claro del cielo, se veía al hombre, tieso é inmóvil como una estatua. Contraída por una risa horrible su cara verde, con dos chapas negruzcas en las mejillas, dejaba ver la punta de la lengua cogida entre los dientes puestos al descubierto; los ojos, abiertos hasta más no poder y fijos, estaban vueltos hacia arriba y sólo se veía lo blanco de ellos.

El cura, con el cuello alargado y los dedos separados, permanecía con el ojo puesto en el ocular del anteojo y como petrificado de horror. Pero era un hombre en quien dominaba el sentimiento de sus deberes de sacerdote y rechazaba toda debilidad humana. Se postró de rodillas, y alzando al cielo los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas, exclamó sollozando:

—¡Dios mío, inspiradme lo que debo hacer para salvar á ese cristiano!

Habíase formado un corro en torno suyo, pero á distancia y cual si no se hubieran atrevido á acercarse. El cura paseó la mirada por el rostro de todos aquellos hombres, quienes, con la cabeza baja y los ojos dirigidos al suelo, parecían abrumados por el peso espantoso de la fatalidad. Por más que habló y lloró y gritó, vióse bien pronto obligado á reconocer que aun cuando, por caso imposible, se encontrase allí un hombre capaz de tratar de

subir á lo alto de la aguja, una vez que llegara junto al infeliz, no podría prestarle ningún socorro sin estar infaliblemente seguro de verse precipitado al abismo, al menor cambio de sitio de aquel cuerpo. Por otra parte, allí no había que pensar en una escala: no hay escalas de cien pies de longitud. En cuanto á hacer un andamiaje, hubiera sido preciso ir á buscar los materiales á la ciudad próxima, lo cual requeriría dos días por lo menos, y serían necesarios siete ú ocho para instalarlo.

Cuando, por fin, se convenció de que nada podía esperarse de los hombres, dirigiéndose al médico, le dijo el cura:

—¿Vive aún?

—Quizá — respondió el médico. — Si no ha muerto de repente por apoplejía ó por síncope seguido inmediatamente de rigidez cadavérica, para que permanezca enganchado así por los pies, necesario es que se halle en estado de catalepsia.

—Sé lo que queda que hacer— dijo el párroco.

Y habiendo hecho señas á tres ó cuatro hombres y al médico de que le acompañasen, se encaminó á la sacristía. Poniéndose sobrepelliz, alba y estola, les anunció que quería subir hasta la plataforma para enviar desde allí al moribundo la absolución *in articulo mortis*, y les rogó que subiesen con él para asistirle y sostenerle.

Por último, se le vió aparecer en el balcón de la plataforma. Con el ritual en una mano y dando con otra la bendición, con el cuerpo abalanzado al espacio y las alas de su sobrepelliz agitadas por el viento, parecía un ángel pronto á volar al cielo.

En ese momento sublime, la multitud cayó de hinojos; y mientras el sacerdote enviaba al agonizante el postrer adiós del cristiano, oíase elevarse desde abajo, mezclado con el doblar de las compaas, un murmullo de oraciones y sollozos.

¿Qué tengo ahora que añadir? Hacia la tarde, algunos cuervos empezaron á revolotear dando vueltas en torno del campanil. Al día siguiente se vió posarse dos ó tres y dar picotazos. Bien pronton acudieron de muy lejos los buitres, desde la montaña.

Cuando la noticia de este pavoroso acontecimiento llegó á la cabeza de partido, decidióse que era menester armar un andamiaje para ir á bajar de allí aquel pobre cadáver. Pero cuando, después de largas formalidades, se hizo el presupuesto, se vió que costaría ¡diez mil francos! El departamento era muy pobre. El asunto quedó, como suele decirse «enterrado» en las oficinas.

El gallo no da vueltas. Ha perdido su aspecto: proyecta sobre el cielo indefinibles perfiles, que cambian conforme el soplo de los vientos fuertes arrancan algún jirón de los mortales despojos con que aún está cargado.

Ya no gira... Sea que el agonizante

lo haya torcido en una de sus últimas convulsiones; sea que la sangre haya obstruido el eje al correr por las heridas abiertas por el pico de las aves de rapiña, dicese que así ha de quedar hasta la consumación de los siglos, inmóvil como las piedras de la iglesia donde está sujeto.